



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10408

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 8 DE JULIO DE 1896.

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cadran 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## PAPEL DEL ESTADO

### OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA

#### COMPRA VENTA

### DE TODA CLASE DE VALORES

cotizables en las Bolsas

DE MADRID, PARIS Y LONDRES

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

## EL DOCTOR USON

Que permanecerá en esta ciudad durante el verano pone en conocimiento de los enfermos de LOS OJOS y de LA MATA, que recibe consulta todos los días de nueve á una en su gabinete, calle del Duque, 35, principal.

## ERA DE ESPERAR

Los gritos de entusiasmo dados en la Coruña y Ferrol en presenciada la escuadra francesa no han dejado nada tras sí; los que creían que aquellos sentimientos expresados estrepiosamente eran los comienzos de una alianza entre los hijos de aquende y ayende el Pirineo y una base firme para un pacto oficial no se han engañado en cuanto á lo primero, pero han sufrido un desengaño respecto á lo segundo.

Mirando las cosas con frialdad no debe cogernos de sorpresa el desengaño; es la consecuencia lógica y natural del aislamiento en que por tanto tiempo hemos vivido. Además, no es el momento oportuno de buscar alianzas este momento triste porque pasa la nación, a menos que no quisiera pagarlas á precio desmedido.

El desengaño viene del Norte. Del emperador de todas las Rusias ha partido la iniciativa de que no debe ser admitida en la doble alianza la nación española. ¿Por qué? Porque Rusia no quiere indispo-

nerse con los Estados del Norte América.

No habíamos creído lo contrario; pero al ver como se expresaban los periódicos rusos mas importantes contra la mala fé de los yankees, y al considerar como defendían a España y alababan su ejército, creimos que tales halagos llevaban en sí cierto interés.

Repercutiendo aquellas defensas y elogios en la nación vecina y siendo los hijos de esta más espansivos y entusiastas, surgió aquel movimiento de opinion favorable á nuestro país, contribuyendo a darle cierto carácter oficial la visita de la escuadra francesa a los puertos del Norte de España.

Lo que ha pasado allí todos lo saben. Los gritos de ¡Viva Francia y España!; los colores de la bandera francesa adornando los edificios españoles; el entierro hecho a un humilde marinero, todo ha llevado el sello de sentimientos sin falsia; todo ha sido noble grandioso, espontáneo.

Nos hemos equivocado; ni Rusia pensaba en nosotros al defendernos su prensa, ni Francia se ocupaba de nuestros asuntos aunque aparentaba interés por ellos.

Estamos solos, tan solos como estábamos hace un lustro, cuando se hablaba de conflagraciones europeas y queríamos conservar nuestra neutralidad a toda costa. Hemos de hacer por nosotros mismos lo que necesitamos hacer y lo haremos. Jamás amilanaron los obstáculos a nuestros padres y no serán los hijos de aquellos esforzados campeones los que hagan traición a la costumbre.

Al efecto el ministro de la Guerra se ocupa sin descanso en la organización de ejércitos. El de Marina, cumpliendo acuerdos del Consejo de Ministros, se ocupa en el aumento de la escuadra y nombra comisiones para que estudien los barcos de guerra que los constructores ofrecen. Y el ministro de

Hacienda se dedica a la labor de buscar recursos para hacer frente á los gastos presentes y futuros que ocasiona y puede ocasionar la guerra.

Estamos solos, pero nos ayuda la razón y nos sobra voluntad.

## TIJERETAZOS

Comentando una carta de Cuba dice «El Correo» que se conoce que si este año es posible ajustar las operaciones de las tropas á lo que consiente la estación, no pudo hacerse lo mismo el año pasado, pues entonces la guerra estaba en su periodo ascendente y hoy la situación ha variado mucho.

Y contesta «La Epoca» dejándos caer y como quien nada dice:

«Sin embargo, como por los telegramas del general en jefe se podrá ver, los combates siguen siendo frecuentes y en casi todos la iniciativa corresponde á nuestros soldados.

Las partidas no gozan de aquella libertad de movimiento que tuvieron meses atrás; los trenes circulan con seguridad por la isla y los convoyes llegan á su destino, aunque á veces sean hostilizados.»

Y ha podido decir otra cosa el colega descubriendo su pensamiento.

«Hoy pasan las cosas al revés de como pasaban en tiempos del general Martínez Campos, que era cuando se movían libremente las partidas y volaban los trenes.»

Las cosas claras, abuela.

Un redactor del «Nueva York Herald» ha celebrado una conferencia (lo diré mas en castellano) con un prohombre, cacique ó lo que sea de Cuba y le ha dicho éste:

«Si Mac Kinley fuese electo presidente, ante las responsabilidades del poder y ante su propia conciencia, intentaría, á mi juicio, informarse de lo que pasa en Cuba, (lo que ignora la Convención de San Luis) y lo que la constante y sutil labor de los agentes revolucionarios se esfuerza en ocultar. Y cuando la verdad sea conocida, deba esperarse, que el futuro presidente imitará la conducta prudente de Mr. Cleveland, man-

teniendo amistosas relaciones con la nación que descubrió y civilizó la América.»

Pero ¿de qué nos sirve esa amistad de los Estados Unidos?

Ellos hacen el caldo gordo á los insurrectos, les dan cuanto pueden y contribuyen poderosamente á la destrucción de la isla.

Y luego nos piden el valor de los vidrios rotos.

A eso se llama amistad, olvidando las timosamente la definición que da de esa palabra el diccionario de la lengua castellana.

No me jaja usted reír que tengo el labio partido.

Están en su apogeo los duendes.

En una casa de la plaza de Ministros de Madrid han aparecido algunos.

La gente se ha sobrecogido, como es natural, y el alcalde de barrio, al frente de buen golpe de policía, se ha puesto en campaña para descubrir los duendes.

Y efectivamente, ha descubierto que lo que parecían ruidos de brujas, tragos, duendes, etc., era el eco de la voz del novio de una vecina de una casa próxima.

Duendes de tal importancia no necesitan comentarios; ellos se recomiendan por sí solos y ponen en ridiculo al lucero del alba.

Y esto de dudero no lo decidimos por el alcalde de barrio de la plaza de Ministros de Madrid.

Leemos:

«La reprise de «El» á la plaza, verticada en el teatro del príncipe Alfonso, fue un verdadero triunfo para Pinedo, del cual puede decirse que estuvo imitable imitando á Julio Ruiz.»

¡Imitable cuando imitaba!

Pues siempre lo podrá imitar el imitado.

O no hay lógica en el mundo:

Hablando de alianzas entre Francia y España, nos desahucia «El Figaro» y añade «que deberíamos llevar á Cuba las reformas para calmar la malquerencia de los Estados Unidos y las prevenciones de una parte de Europa contra una administración condenada por la experiencia, por el buen sentido, por la sana economía y por la equidad.»

Se conoce que el mandato de Rusia ha hecho camino.

Ha sido de un efecto tal que nadie conoce ya á los diarios franceses.

Adiós, amigos.

Hasta la próxima ocasión en que vuelva á ser galanteado nuestro concurso, que será cuando haya nos dejado atrás y resuelta la cuestión de Cuba.

Pero....

Cuando quise no quisiste, ahora que quieres no quiero...

## CAMPAÑA DE CUBA

### El aspecto del soldado

Todo el que haya servido en la primera campaña de Cuba y compare la constitución física de los soldados de hoy con los de entonces, encontrará diferencias importantísimas. Por aquella época se observaban muchas caras macilentas, tristes, de aspecto febril con una naturaleza debilitada por el veneno palúdico: se veían columnas enteras de tropas arruinadas físicamente por las fiebres y la disenteria, y sólo les quedaba la voluntad invencible para combatir y el patriotismo inmaculado. Andaban como máquinas y obedecían como resortes.

En los destacamentos los servicios se hacían, no según el turno reglamentario, sino en las horas que cada soldado pasaba sin calentura. En muchos periodos de la campaña y en determinados territorios, se carecía de carne hasta para los enfermos y los embargos eran frecuentes para suministrar alimento á los hospitales. Los transportes de raciones eran difíciles, y los convoyes costaban mucha sangre.

Pero en la actual campaña todo ha cambiado de un modo altamente favorable á los soldados. Hay los vaqueros ágiles, robustos, alegres. Revelan satisfacción en el semblante y gozan de salud, dando el menor contingente posible á los hospitales.

confianza y desprecio y hubieran tratado de desbaratar de él, si hubiera sido capaz de retirarse de motu proprio, con motivo de algunas pequeñas mortificaciones, y si no fuera temible pasando al lado de la oposición; por otra parte, ya se había asegurado también algunos partidarios particulares. Se presentaba macho en la sociedad, gozaba de un favor elevado entre las damas diplomáticas, cuya voz era poderosa en aquellos tiempos, había formado con ellas una estrecha alianza, encadenada con mil eslabones de galantería y de intrigas. Todo cuanto podían hacer los salones por él, estaba hecho. Añádase á esto que agradaba personalmente á su real amo, que la corte le daba su aprobación, y que la parte menos estimable y más fanática del ministerio le miraba con una admiración evidente.

En la Cámara de los Comunes, en la burocracia, no era tampoco indiferente su crédito. Jamás adoptó Lumley aquellos hábitos de grosería, de aspereza, bastante comunes en los empleados que desean memorizar á los clientes; se mostraba afable con las personas de todos los rangos. Su estimación de sí mismo le tenía exento de aquellos celillos que los principiantes inspiran con frecuencia á los que se ven colocados á mayor altura, y si algún recién llegado obtenía la más leve distinción parlamentaria, lord Vargrave le buscaba con solicitud, complimentaba,

guía simpatía en el público, precisamente debe cometer muchas indiscreciones fatales en los casos en que el público le toca juzgar. Incapaz Vargrave comprendía la moral de la política, despreciando todos los objetos de la benevolencia general, se dejaba llevar algunas veces hasta el punto de hacer una confesión de sus principios; y si éstos no causaban sorpresa á los hombres de mundo á quienes se dirigía particularmente cuando iban endulzados con el tono del orador, provocaban un desagrado profundo en las personas que los leían en los periódicos, aun cuando siguiera su misma política. Jamás expresó lord Vargrave uno de aquellos sentimientos generosos que hacen una impresión profunda en todos los corazones, ya salgan de la boca de un tory, ya las pronuncie un whig, y que sirven á la causa que ellos honran de un modo constante. Pero el abuso más injusto, lo defendía con una rara intrepidez, y se oponía á una proposición popular con el desprecio más osado. En ciertos tiempos, por ejemplo, cuando el principio antipopular es el más fuerte, tales campeones pueden ser útiles; pero en la época de que hablamos, Lumley era un auxiliar muy equivoco. La mayor parte de los miembros del ministerio, y especialmente el primer ministro, hombre de grandes mira y absolutamente intachable con respecto al honor, hacía largo tiempo que miraba á lord Vargrave con des-

nación á toda. estas cosas, su espíritu agitado, su carácter duro eran opuestos al gusto del lujo y la ostentación; pero entonces, como siempre, obraba con arreglo á un sistema.

En medio de un país gobernado por la más poderosa, la más opulenta aristocracia del mundo, y en el cual, desde la prí era hasta la última clase predominaba la ostentación y es la verdadera médula esencial del cuerpo social, conocía que dejándose llevar la palma en magnificencia por sus rivales, perdía una ventaja imposible de compensarse, ya fuera por sus relaciones poderosas, ya fuera por la superioridad de su espíritu.

Aspiraba á un lote importante, apreciaba todas sus consecuencias y se le daba muy poco de aventurar su fortuna privada por obtener el lote glorioso. Pero hay que hacerle esta justicia á Vargrave: el dinero no había sido nunca su objeto, sino uno de sus medios. Era interesado, codicioso, pero no avaro. Sin embargo, si hombres mucho más ricos que el por sí, experimentan que las distinciones políticas son muy dispendiosas y hasta ruinosas, muchas veces, ya se deja pensar que sus movimientos difíciles á una vida muy módica, no podían basarse viviendo como vivía; sus bienes estaban empañados y acumulados de sobre deudas.

Este hombre tan eminente para manejar los nego-